

La heredera

Nitzhui Morales Pineda

Tesista en la Lic. en Filosofía UNAM

Con el pulgar y el dedo índice, papá prensa la orilla de su calcetín negro y lo jala hacia abajo. Me hace una seña para que me acerque. Yo me aproximo a él para ver mejor. Entonces papá me enseña su pantorrilla con naturalidad, como quien muestra las fichas de dominó con las que no acertó a ganar. Yo me quedo horrorizada. Papá, en cambio, está tranquilo, imperturbable. La piel de su pantorrilla parece una tela finísima que en algunos lugares se rompe y supura. Tiene llagas que segregan diminutos fragmentos de color rojo que destellan a la luz del sol.

—Parece diamantina —me dice y vuelve a ocultar su piel debajo del calcetín.

No digo nada. Estoy asustada y comienzo a sentir que por mi cuerpo reptan la angustia y el miedo. Yo sabía que este momento tendría que llegar. Pero no quise torturarme imaginando el día en que yo presenciara la degeneración de papá. Ese día ha llegado y me encuentra imbécil, muda, temblorosa. Después de algunos minutos, las palabras vuelven a mí.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunto, pero al instante comprendo que es una pregunta muy tonta y me arrepiento de haberla formulado.

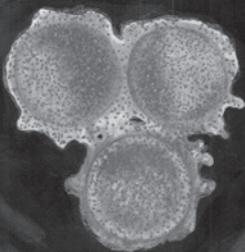
—Pues nada, esperar —me responde sin sentirse ofendido, como todo buen padre que pacientemente contesta las dudas absurdas de sus hijos. Esperar, sí, es lo único que queda. Esperar con el corazón encogido, tronándome los dedos, mordiendo estas uñas que siempre tienen los bordes irregulares y frágiles de tanto arrancarlas con los dientes.

Papá y yo continuamos caminando en silencio. Nos dirigimos a la parada del camión. Hasta hace unos minutos, los dos desayunába-

mos en un restaurante. Él, como cada vez que visitamos ese local, ordenó huevos a la cazuela que acompañó con jocoque y pan pita. Yo no sé de dónde le venga a papá ese gusto oriental por el pan pita que unta de cremoso jocoque y saborea como un manjar. Un gusto que, entre otras cosas, me heredó. Porque no sólo se heredan las propiedades, las fortunas o las deudas; también se heredan ciertas afinidades y aversiones, ciertos gestos, cierto timbre de voz o cierta manera de contonearse al andar. De igual forma se heredan las enfermedades. Papá me heredó su enfermedad, y toda la vida se ha lamentado de ello. Nunca me lo ha dicho, pero yo he podido adivinarlo por la forma en que a veces me mira, como pidiéndome perdón. Pero yo no tengo nada que perdonarte, papá, la genética es un lanzamiento de dados y tú no eres culpable de este azar que nos jugó la vida con mala cara. Nadie quiere dejar como herencia una enfermedad. Mi abuelo tampoco quiso que su hijo menor llegara a padecer lo que él: la amputación de una pierna y la irreversible neblina de la ceguera. Pero quizá, papá, es lo que el porvenir nos depara: sentir cosquilleos en el brazo o en la pierna que no tendremos. O tal vez despertaremos un día y advertiremos que únicamente percibimos una especie de niebla color azul, tal como al abuelo le sucedió. Azul como la libreta que me regalaste en mi cumpleaños o como la portada del manual para aprender braille que recién compré para prevenirme, papá, porque dejar de leer me parece absurdo. Me rehúso a dejar de leer, aunque ya no pueda hacerlo con los ojos y tenga que utilizar las yemas de los dedos, acariciando una página con relieves que simulan cordilleras de países diminutos.

—Qué azul está el cielo hoy —digo para fingir tranquilidad y para que papá no sospeche que tiene una hija frágil al igual que sus uñas, una hija que se desmorona como castillo de arena cada que sopla el viento.

Papá alza la vista y empuja con un dedo el puente de sus anteojos que reposa sobre su nariz. Los cristales de sus anteojos son gruesos, nueve dioptrías que son imposibles de disimular. A mis veinte años tengo siete dioptrías, más de las que tenía papá a mi edad. Por lo cual infiero que yo me quedaré ciega antes que él y mi piel expelerá diamantina roja. Esa misma diamantina que se utiliza para decorar los vestidos de moda, y que luego las chicas guapas usan para irse de fiesta. Yo nunca he utilizado vestidos así porque la diamantina me parece un preámbulo de la muerte.



—Está muy despejado, no parece que estuviéramos en la ciudad —me dice papá después de haber examinado el cielo que se extiende sobre nosotros.

Papá camina despacio porque realizar cualquier actividad, por mínima que sea, le cuesta un gran esfuerzo. Dado que respira con dificultad, de vez en cuando pongo su mano sobre mi hombro para que se apoye en mí. No me queda más que ser el bastón de un hombre enfermo, así como papá fue mi sostén cuando yo era pequeña y di mis primeros pasos en una plaza llena de palomas grises que picoteaban el suelo en busca de migajas de pan.

Subimos por una calle empinada. Miro a papá de reojo, está cansado, pero parece feliz. Por un instante siento que es mi hijo y que lo llevo a su primer día de clases, oliendo a ropa nueva. “Quédate aquí, papá, por la tarde regresaré por ti. Tienes que aprender muy bien el abecedario porque así podrás leer. Y cuando tengas una hija le leerás cuentos, le enseñarás que un libro también puede ser un cómplice, un conspirador que atenta contra el orden de las cosas”, le diría a mi padre-hijo antes de cruzar la entrada de la escuela.

—Espera, deja que tome un poco de aire —papá me ruega jadeante.

Nos arrimamos debajo de un eucalipto frondoso que nos brinda su sombra. Aprovecha para respirar tranquilamente, inhalando y exhalando con parsimonia. No puedo olvidar las horrendas llagas de mi padre. A causa del temor que me provoca la enfermedad, le confieso:

—Estoy aprendiendo braille, papá.

Su semblante cambia, se entristece. Mi nuevo aprendizaje le recuerda la herencia que me ha dejado. La culpa lo invade. No era mi intención entristecerlo, pero no sé cómo remediar la situación. Siempre me sucede que en momentos clave pierdo el lenguaje, me convierto en una extranjera que no sabe expresarse en un idioma ajeno. Por fortuna papá es una persona sabia y comprende que no he querido herirlo.

—Es muy útil, muy útil... —murmura apenas.

¿Útil para qué, papá? Si voy a ser ciega, lo último de lo que tendría que preocuparme es de seguir dedicando mi vida al insensato ejercicio de la literatura. Eso es lo que pienso, pero no lo digo en voz alta porque sé que la ceguera no es la peor parte de la enfermedad. Antes de que mis ojos fallen, mi piel se cuarteará y se abrirá dejando al descubierto la carne viva. La piel lastimada me arderá tanto como

si estuviera en medio de una hoguera. Y como no hay cura, porque ésta es una enfermedad degenerativa, paulatinamente mis extremidades se volverán negras y frías. Moriré por fragmentos y el bisturí me separará de las partes de mi cuerpo que hayan muerto. Al igual que le ocurrió al abuelo, a quien papá tuvo que llevar al hospital para que le amputaran una pierna. Y así como mi papá vivió la degeneración de mi abuelo debido a la enfermedad, también yo seré espectadora de la degeneración de mi padre. *Enfermedades degenerativas*. Ignoro quién las nombró de esa manera, pero me parece repugnante. El cuerpo enferma y se debilita en medio del malestar y del dolor. Es cierto que decaemos, pero no nos convertimos en otra cosa que no sea un cuerpo enfermo. No degeneramos en plancton o en amiba, por ejemplo.

—Estoy listo, continuemos —me dice papá y de buena gana emprende el paso.

Ahora que papá se ha recuperado, camina con más vigor. Estamos a una cuadra de llegar a la parada del camión. Yo también cobro ánimos y andar me resulta fascinante porque mis piernas me responden, son fuertes y aún faltan algunos años para que comiencen a fallar. Las piernas de mi abuelo, según cuenta mi padre, también eran fuertes. El abuelo en su juventud era un hábil corredor, un atleta. Por eso cuando le amputaron la pierna derecha, algo en mi abuelo terminó por derrumbarse. Murió una semana después. Me viene a la memoria una frase que leí anoche: “Los únicos seres completos son los mutilados”, escribió Tita Valencia. Quizá así sea. De tal modo que para ser más fuerte tengo que quebrarme; para ser más sana, tengo que padecer la enfermedad; para estar más completa, tengo que fragmentarme. Quiero aferrarme a esa creencia porque me mantiene bordeando el abismo sin sentir vértigo, aunque no me salve de la caída ni me vuelva inmune. ¿Acaso no todas las creencias cumplen con ese cometido?

Hemos llegado a la parada del camión. Papá y yo nos abrazamos, nos despedimos. Le agradezco por el desayuno y él me dice que lo ha disfrutado mucho, que los huevos a la cazuela siempre son deliciosos en ese restaurante. Me dice que ojalá podamos volver a desayunar juntos. Le digo que sí, me encantaría. El sol está en lo alto, papá me sonríe y yo experimento algo parecido a la felicidad. El camión se acerca. Levanta el brazo para hacer la parada. El camión se detiene frente a nosotros. Sube los escalones del vehículo lentamente. Antes de que el camión arranque,

papá alcanza a agitar su mano en señal de despedida. Le regreso el saludo y el chofer se apresura a arrancar.

Dirijo mi mirada al suelo. Observo que en la acera quedan fragmentos rojos que relucen a la luz del sol, diamantina que segregan las llagas de la pantorrilla de papá y que segregaré yo también cuando llegue el momento de internarme dentro de una espesa niebla azul cobalto. Porque muchos podrán jactarse de heredar fortunas, pero yo me jacto de haber heredado la premonición de la ceguera, un entrenamiento para ejercer esa particular vocación de habitar las tinieblas.